

DEL FIN DEL MUNDO
(O VIVIR EN UN MUNDO BARBIE MIENTRAS
OPPENHEIMER HACE DE LAS SUYAS)



DEL FIN DEL MUNDO (O VIVIR EN UN MUNDO BARBIE MIENTRAS OPPENHEIMER HACE DE LAS SUYAS)

*Elvira María Dianno
edianno@gmail.com*

RESUMEN: La humanidad enfrenta la paradoja de su libertad: usa su inteligencia con amor o la pone al servicio de un mal absoluto.

PALABRAS CLAVE

Inteligencia artificial
Oppenheimer
Barbie
Mal
amor

De la ficción

Por estos días, por estos lares, la taquilla de los cines se ha visto favorecida con el estreno de dos exitosos films, una comedia ficcional y un thriller dramático, basado en hechos reales. Me refiero a *Barbie*, (USA, 2023, 114') y a *Oppenheimer* (USA, 2023, 180'). La primera ATP, apta para todo público, y la segunda +13, restringida para menores de 13 años.

La primera, cual peste rosa, viene acompañada de un *merchandising* que atiborra las tiendas online. Cabe reconocer que el ícono de la mujer frívola devenida muñeca, nacida en los '60, acompañada por su histórico partenaire Ken, en la primera película de esta larga saga que tiene personajes de carne y hueso, hace gala de un *aggiornado* guion de corte, digámoslo así, feminista. Este detalle no es el único que da visos de actualidad al film, los *gadgets* de última generación- que ofician de accesorios indispensables- también están presentes.

Por su parte, *Oppenheimer*, relata las andanzas del inventor de la bomba atómica tristemente estrenada en Hiroshima, hace casi ocho décadas. Dirigida por Christopher Nolan, amante de los films de los superhéroes y protagonizada por Cillian Murphy, quien encarnara recientemente una serie inglesa, muy premiada: *Peaky Blinders*.

Mientras un film relata la vida de una pareja sin problemas acuciantes, tales como llegar a fin de mes, el otro testimonia vida y circunstancias de quien consiguiera los fondos necesarios para inventar, de la mano de la ciencia, un medio para poner fin a los desatinos de quienes, también de la mano de la ciencia, exterminaron seis millones de judíos en sofisticados hornos crematorios, munidos de un sistema de relojería de razzias y traslados, amén de unos 60 millones de almas que quedaron en los campos de combate. ¡Vaya paradoja! Un gran invento, uno que pretendía terminar con la muerte, ¡matándola!

Esta paradoja no le hace sombra a la de mirar desde afuera las mega plateas y la cartelera coexistiendo en una sala, Barbie y su amado Ken viviendo una vida hollywoodense y, en la otra, el *Proyecto Manhattan* en ciernes, supuestamente pensado para preservar el derecho a que alguien viva esa vida. Esta postal retrataría, por sí sola, el enigma de la humanidad.

Ambas superproducciones fueron estrenadas el 20 de julio en el que se celebra, localmente, el día del amigo, en conmemoración a la llegada del primer hombre a la luna hace más de medio siglo atrás. El primer alunizaje (1969) fue producto del avance de la ciencia luego de incontables intentos infructuosos de alunizaje.

Quien escribe estas líneas, no ha visto aún ni *Barbie* ni *Oppenheimer*, sí *Peaky Blinders*. Tampoco estuvo ni en la 1ª ni en la 2da GM, ni, obviamente,

ha pisado la luna. No obstante, ello, ha podido leer y escribir bastante acerca de muchos de los tópicos mencionados y, preparando estas notas, encontró una no menos asombrosa imagen en las redes: un oso sumergido en una pileta de una residencia en la montaña, en algún lugar del gran país del norte. Según la noticia, el bañista, buscaba sosiego a las altas temperaturas que asolan el planeta últimamente. Como puede deducirse, todo realizado desde el ordenador. Ciencia y tecnología en todas las salas y en este escritorio, construyendo una versión de lo que llamamos realidad.

De la ciencia

De casi todo lo expuesto *ut supra* no podría dar testimonio, digámoslo así, a ciencia cierta. Un puñado escaso de afirmaciones se podría rescatar de la posibilidad de solo haber hecho consideraciones acerca de *fake news* y falsos enunciados. De todas elijo una irrefutable, me parece. En mi barrio, en mi balcón, compruebo que las temperaturas son más tórridas y los árboles, avanzado el invierno, no terminan de deshojar, esto sucede mientras, a pocas cuadras, en el río y la laguna, fluctúan altura y orillas, aves y peces.

Pero la ciencia, en la que creemos como en un dios omni-todo, seguramente podría venir en mi auxilio y corroborar no sólo lo que es cierto, lo que lo ha sido y tal vez sea: siempre. Eso dicen los algoritmos ¿Pero debería creerle más allá de lo que mis sentidos corroboran? Arriesguemos un poco más: ¿más allá de lo que mi inteligencia acepte? Sin embargo, debo admitir que mi inteligencia, limitada por estructura, se vale de los conocimientos de los que dispongo, limitados también y, además, los sentidos, engañan. Este camino parece llevarnos a un callejón sin salida. Tal vez deba quedarme con las sensaciones que mis sentidos y mi cuerpo me proveen y asirme de un viejo adagio de Bleger, psicólogo social que definía 'lo objetivo como lo universalmente subjetivo'. Algo así como si todos creemos algo entonces pensamos que es verdadero.

Esta afirmación se daría de bruces con algunas variables, por ejemplo, los fenómenos de sugestión masivos propios de las sectas de fanáticos y con

algunas engañosas de la realidad virtual a las que nos hemos acostumbrado en el cine, me refiero a la tecnología 3D. Podría decirse que ciencia, verdad y saber son conceptos diversos y que el primero es subsidiario de los dos restantes y, por otra parte, la inteligencia es una posibilidad humana que desarrolla ciencia y tecnología en busca de la verdad y el saber. Pero saber nos lleva a sabiduría y esto nos deja muy cerca de otro concepto que podemos tomar prestado de otras doxas: vg. la prudencia.

Podría afirmarse, también, que hemos estado bordeando la tensión que subsiste entre naturaleza y cultura, sin entrar en las controversias que la filosofía sostiene acerca de cuál es la 'naturaleza del hombre'. Natural puesto aquí en tensión con artificial y planeta con mundo.

De la Ciencia ficción

Una extraña conjunción de ciencia y mercado en una nota¹ que el BAML (Bank of America Merrill Lynch) enviara a sus clientes en septiembre del 2016(d.c.) abre la perspectiva de dónde puede ir a parar lo real en manos de ciertas alianzas de ciencia y *business*. Allí afirma que hay de 20 a 50% de probabilidades que vivamos en una simulación de una inteligencia artificial.

Basado en investigaciones y creencias de científicos, filósofos y líderes de negocios, argumentando que- por habernos aproximado tanto a las experiencias realistas 3D- es concebible que miembros de futuras civilizaciones puedan simular sus ancestros, definiendo tres escenarios posibles según el Trilema de Bostrom (sueco, Oxford University) del 2003. Este afirma que una civilización post- humana gobernada por otras especies tendría una gran capacidad tecnológica pero que- pudiendo hacerlo- no tendrían ningún interés en simular el pasado de sus ancestros humanos. Sin embargo, considera que es muy probable que eso esté sucediendo, lo cual se completa con la idea de que nos extinguiremos antes de alcanzar la post-humanidad. Bostrom concluye que, por la actual ignorancia, cualquier hipótesis puede ser verdad.

¹ <http://www.businessinsider.com/bank-of-america-wonders-about-the-matrix-2016-9>

En estas conversaciones, realizadas en el marco del *Asimov Memorial Debate*, las respuestas fueron muy diversas. Cabe aclarar que el mencionado encuentro se realizó en memoria del celebrado autor del género de ciencia ficción y Bostrom es uno de los gurúes de la ética de la I. A. (inteligencia artificial), invento humano que amenaza con independizarse de sus inventores y extinguirlos. Una SHOA GLOBAL en una *Matrix*. El Golem y Frankenstein ya se le habían anticipado en formas humanoides, la rareza de este invento es su materialidad enteramente ajena a lo bio.

De la ciencia, del mercado

Surge la pregunta ¿por qué el BAML eligió advertir a sus socios sobre la más osada variable, concluyendo *"We'd never know it anyway?"* "Nunca lo sabremos", sembrando la incertidumbre sobre lo real. Proponen: "Claramente podemos subsistir sin él, con lo imaginario nos alcanza y sobra". No parece tan sencillo de concluir.

Tal vez algunas inversiones llegaron a las acciones de la I.A. en Wall Street. Tal vez alguien vio allí un buen negocio, tan es así que, menos de una década después, el tema está en los diarios y los empresarios más destacados, junto a unos cuantos científicos de fuste, claman por una regulación antes de que sea tarde. E. Musk y B. Gates, embanderados en tales lides, proclaman ese futuro distópico. Ambos magnates tecnológicos han sabido de las pingües ganancias que sus productos les han provisto, de la mano de grandes inventos.

Bill Gates, el misántropo, avenida epidemiólogo y futurólogo político-predijo la pandemia a fines de 2019, en un documental de la plataforma Netflix con una precisión asombrosa y, también, cuando llegarían las vacunas. Decía, entonces, que llegarían a los países ricos durante el transcurso del 2021 y a los otros durante el 2022. El sabría por qué lo decía. Mientras, las anunciadas mutaciones hacían fila en las puertas de los laboratorios. La Ciencia, malherida, corría contrarreloj su Grand Prix para encontrar cura a una fuga de un laboratorio que investigaba con virus para curar enfermedades. El planeta respiraba aire puro en las montañas y los océanos mientras los terrícolas lo hacían tras los barbijos cual *Eternautas* y los traficantes y mercenarios se birlaban containers de insumos sanitarios en los aeropuertos.

¿Podría alguien desconocer los aportes que la ciencia realiza al progreso? Sin duda los movimientos opositores a ciertos avances y ensayos lo harían. Los ecologistas encabezarían la nómina y razón no les ha faltado. El oso en la piscina habla de ello.

¿Qué respuesta se obtendría si le pidiéramos a la I.A. una solución a algunos de los grandes temas de la civilización actual devenidos de

los daños colaterales de los adelantos científicos? Esas soluciones, ¿incluirían a los humanos a cargo?, ¿manuales de procedimiento para su implementación?, ¿hablarían del odio, la codicia, la envidia, la avaricia?, ¿dirían algo de los excesos? ¿Hallarían una fórmula que resuelva el problema sin convertir este mundo en el *Mundo Feliz* de Huxley (1932)?

Del exceso, de la carencia

Por estos días, las herramientas de la I.A las ofrece mi ordenador ni bien lo enciendo y circulan cursos para aprender a valerse de ellas, digamos que es tarde para frenar su avance y cabe la pregunta acerca de si la humanidad estaría a salvo de su extinción si se impidiera el crecimiento del nuevo monstruo. Pues así lo venden ciertas noticias: el Mal ahora no es más una deidad caída encarnada en un ángel o en una raza o un puñado de seres humanos que portan alguna condición de diferencia religiosa, política, de género. Ahora el Mal es un dios que sabe más que su progenitor y se ha independizado, poniendo en riesgo fuentes de trabajo y la existencia misma.

Pues, haré algunas salvedades y objeciones que pueden derribar esas hipótesis sin muchos dilates.

- La primera consideración es acerca de que el riesgo ya existía y fue concretado. Las guerras y la contaminación se las han arreglado muy bien para lograrlo, sin la I.A. Ambas usaron la ciencia y la técnica para sus fines. Eso demuestra que no hay nada nuevo bajo el sol, al menos en este aspecto.

- La segunda consideración es que la industrialización pudo sustituir algunos trabajos realizados antiguamente por esclavos que hicieron posible se construyeran, por ejemplo, las pirámides de Egipto y, más cercanamente, sustituyeron a obreros de líneas de montaje o tareas rutinarias. ¿Qué se puede objetar al respecto si eso da posibilidades de trabajos más creativos, formas de vivir más dignas?

- La tercera es que, según dicen los expertos, la I.A. puede reemplazar a los creativos de la imagen y de la palabra tanto como proveer robots que auxilien en tareas cotidianas. ¿y cuál es el problema? ¿Alguien reniega del reproductor Bluetooth de su música preferida, las fotos subidas a la nube, su Smart TV o del acceso a las bibliotecas virtuales más nutridas que cualquier Alejandría? ¿A quién podría molestarle encontrar el nombre del barco en que vinieron sus abuelos el siglo pasado o las recetas de sus mayores en Google, en un santiamén?

Las objeciones pueden pendular entre la inequidad del acceso a esas herramientas, no menor a la del acceso a los bienes de primera necesidad, a eso se le llama carencia y, por el otro lado el riesgo del uso abusivo de esas posibilidades. Esto, también, tiene un nombre y se llama exceso.

Se podría caer en la tentación de suponer que el exceso se resuelve con instructivos al estilo de los prospectos de los medicamentos que indican dosis y contraindicaciones. Sabemos que eso no es un impedimento, es solo una advertencia. Del otro lado, las carencias se resolverían con protocolos de distribución de los bienes de manera equitativa e igualitaria. Y eso tiene un par de inconvenientes: ¿Quién decide lo que cada uno necesita?, ¿quién se atribuye ese lugar?

Esto lleva a una encrucijada, la de la regulación y, si esta se presenta como inevitable frente al exceso y la carencia, ¿será por las

condiciones de los objetos a distribuir o la de sus destinatarios? Por otra parte, la regulación, esa que bien puede leerse en el mundo de Huxley, si bien cumple con su cometido es a costa de la deshumanización de sus destinatarios. ¿O qué otra cosa es la homogeneización de los individuos? A eso se le llama totalitarismo, se le llama masa.

Del bien, del mal, de la libertad

No se puede pensar que la extinción de la condición humana se refiere al exterminio de los organismos, el exterminio se efectúa con el borramiento de su singularidad, su diferencia, su potencia creativa, su capacidad de amar, su

libertad, limitada, pero libertad, al fin y al cabo. Eso fue la SHOA, incinerados sin nacionalidad, identidad ni bienes personales, bajo un uniforme, usados como fuerza de trabajo hasta extenuar sus organismos y descartarlos desprovistos de toda parte que pudiera convertirse en mercancía. Primero, reducidos a condición de objeto y luego, a cenizas, sin rastro simbólico tras su partida.

¿Quién podría objetar que a eso llamemos el mal? Y con mal a qué nos referimos sino a provocar sufrimiento a un prójimo, con crueldad, hasta incluso llegar a darle muerte. Es sabido que se puede disfrutar de hacerlo. Asimismo, el mal también puede auto-infligirse y no hacen falta demostraciones.

Pero, ¿por qué el mal, como posibilidad, es propio de la condición humana y no de los otros seres vivos? No se conocen violaciones en manada ni especies que devoren más presas que las que necesitan para alimentarse y, lejos de descuidar sus hábitats, son celosos guardianes de ellas y de su propia especie, no acumulan ni comen en exceso. Dostoyevski afirma que cometemos el mal porque no somos máquinas, es decir estamos desregulados.

Eso que llamamos libertad no es solidaria con la determinación inequívoca de los instintos de los animales, destinados a repetir y reproducir miméticamente una combinación de su ADN, traen la fórmula y la respetan. Mientras no se avvicinen glaciares ni diluvios ni arda el desierto, sobrevivirán.

Los humanos, menos previsibles, nacen en un mundo que los precede y los alojará en una lengua, de esa lengua aprenderá los códigos con los que se le enseñarán la posibilidad de infinitas modalidades de regulación de la satisfacción de sus apetencias y allí exceso y carencia serán el río que corre a la vera del camino en cada mínima decisión. Esa es la razón por la que los infantes no son dejados solos para que crezcan y descubran por sí mismos, en soledad, las encriptadas claves. Soledad no es compatible con humano.

Las regulaciones llevan en su esencia los conceptos de bien y mal, ¿de acuerdo a qué? Pues a protocolos que llamamos de diferentes modalidades: una de ellas es preceptos religiosos e incluyen bajo su égida a sus creyentes, otra es leyes e incluyen a los habitantes de determinadas configuraciones geopolíticas. En muchas ocasiones, infringir alguna prescripción de esos reglamentos tiene sanciones, suelen llamarse, en el caso de las leyes, condenas. Tal y como San Pablo lo anuncia, la ley hace al pecado.

De la ignorancia, del odio, del amor

Ahora bien, si infligir un mal a otro es una posibilidad a la mano de cada quien y no de algunos, ¿por qué causa tanto asombro, por qué se lo percibe como una excepción en la que algunos, no todos, son susceptibles de caer? Hete aquí otro rasgo bien humano, la pasión de la ignorancia, pero no de la ignorancia docta de Nicolás de Cusa sino de la crasa. No la de quien tiene sed de saber, sino, justamente de quien no quiere saber nada. ¿Nada de qué? De lo que no anda, de sus límites, de la carencia, de los efectos no deseados de la satisfacción, del calentamiento global, etc., etc., etc. Se lleva muy bien con la indiferencia.

Volvamos a los mundos paralelos de *Barbie* y *Oppenheimer*, tal vez en ambos podamos ubicar, respectivamente, ambas formas de ignorancia. Pero si a ignorancia le sumamos como pasión del ser al amor y al odio, los resultados pueden ser asombrosos. ¿Qué predomina en *Barbie* y qué en *Oppenheimer*? Si suponemos que pueden presentarse el amor y el odio en estado puro, la muñeca rosa sería el símbolo del amor y el científico el del odio. Pero, a menos que caigamos en la ignorancia que nos hace mirar para otro lado acerca del lado oscuro del alma humana y alguien se supone exento, que tire la primera piedra. *Barbie* puede parecernos el emblema de la mujer frívola, superficial pero nunca capaz de una masacre, si algo se puede decir es que es indiferente al sufrimiento de la humanidad, enamorada de su cuerpo y de su imagen. Mientras tanto *Oppenheimer* es un hombre serio preocupado por la humanidad y su sufrimiento, enamorado de su talento pero que no alcanza para advertir de lo que sería capaz con su invento.

¿Dónde está el mal, en qué sala se proyecta el film que mejor lo representa? Pues habrá que volver a la postal que se puede tomar afuera de las salas, frente a la cartelera que representa en una sola imagen la paradoja de la humanidad, solo que habría que recurrir a otro film: *La Rosa púrpura del Cairo*, de Woody Allen (USA, 1985). Allí, la protagonista se enamora de un actor de una película que mira todos los días en el cine, hasta que este sale del celuloide y se va con ella. El cine dentro del cine, ficción dentro de la ficción, permitiría que *Barbie* vaya a ver *Oppenheimer* y este se enamore de ella, salga de la pantalla y el *Proyecto Manhattan* nunca llegue a concretarse.

Moraleja, un poco de amor puede impedir un holocausto. ¿Y la I.A.? ¿Por qué se la relaciona unívocamente con un *Oppenheimer* en ciernes? Tal vez la I.A. enseñe a escribir cartas de amor. Eso sí, nunca podrá enamorarse. Estamos a salvo.